

¿Quién será el desinternacionalizador...?*

Gustavo Mendiluce Cabrera**

Son hechos observados, comentados y repetidos hasta la saciedad que vivimos en la era de la globalización, que la nuestra es la sociedad de la información, que las nuevas tecnologías minimizan las barreras espacio-temporales y que el inglés es el latín de nuestros días. Sin embargo, quizá precisamente por reiterarlo hemos perdido conciencia de la verdadera dimensión y repercusión de estas realidades. Hace falta una «desautomatización», una cierta alienación o «extrañamiento» para volver a tomar conciencia de la relevancia y las implicaciones que tales hechos tienen. Imbuido de este espíritu de los formalistas rusos, quiero principiar a continuación una modesta revisión de la comunicación científica. Demos, pues, un paseo por ese fascinante y vastísimo territorio que abarca la comunicación de la ciencia.

Ciertamente, enseguida se encuentra uno con los problemas que supone comunicar la ciencia. Uno de ellos es el exceso de información. El investigador científico se ve obligado a seleccionar cuidadosamente las piezas con que construirá su trabajo. Es tal el volumen de información que se genera cada año, cada mes, cada semana, cada día, que resulta imposible conocer todo lo que existe sobre el área de investigación más restringida que uno sea capaz de imaginar. Así las cosas, el investigador ha de saber decidir qué es relevante y qué no. Las consecuencias a que da lugar soslayar ciertos trabajos anteriores pueden ser muy graves, por suponer un paso atrás o, cuando menos, una inversión de medios, tiempo y esfuerzo que desemboca en la frustrante sensación que deja descubrir que no se ha aportado nada nuevo. Del mismo modo, la falta de información motivada por su inaccesibilidad es un problema no menos grave, que también repercute en las conclusiones de la investigación. No obstante, parece que el mayor problema en la comunicación científica es la barrera lingüística, pues puede englobar a los dos anteriores: es frecuente que, en su proceso de selección, el investigador, abrumado por el ingente volumen de literatura sobre un tema, pase por alto trabajos escritos en lenguas para él incomprensibles, arriesgándose así a excluir datos de gran trascendencia científica; por otro lado, puede que, debido a su escasa difusión, no tenga acceso a investigaciones importantes redactadas en lenguas de uso minoritario, lo que de nuevo introduce un sesgo en su trabajo.

J. A. Large ofrece un interesante análisis del problema de la barrera lingüística en la comunicación científica.¹ Su planteamiento y su línea argumentativa nos servirán de base para este breve recorrido por las avenidas de la ciencia. Los diferentes orígenes nacionales de los autores científicos plantean

un problema de comprensión, al emplearse distintos códigos, distintos idiomas para transmitir un mismo mensaje: el científico. La incomprensión lleva, en último término, a un retraso en este campo. Recordemos que el progreso de la ciencia se cimenta en la continuidad de investigaciones anteriores; si se desconocen algunas de éstas, el esfuerzo de todo un equipo podría desperdiciarse en reinventar la pólvora. Y no escasean los ejemplos.² Así pues, es necesario que toda la comunidad científica esté al corriente del mayor número posible de sus hallazgos, independientemente del idioma en que éstos se difunden. ¿Cómo resolver las diferencias de código? Existen dos tipos de soluciones, afirma Large: 1) multilingüe, esto es, la traducción de los documentos escritos en otros idiomas a la lengua materna del investigador, y 2) monolingüe, es decir, la adopción de un idioma común a todos los miembros de la comunidad científica. Estas dos soluciones las he resumido, respectivamente, en las fórmulas «todos para uno» —todos los idiomas se traducen a la lengua materna— y «uno para todos» —un solo idioma une a todos los miembros de la comunidad científica—.

Todos para uno

Es a todas luces evidente que la primera opción resulta más cómoda para los científicos, pues la traducción les permite estar al día de los últimos descubrimientos sin salir de su lengua materna. Pensemos en el tiempo que restaría a su investigación aprender otro idioma. Veamos más detenidamente esta opción de difusión científica multilingüe, que plantea dos vertientes: la traducción humana y la traducción automática.

La traducción de documentos científicos, principalmente de artículos de investigación, por parte de un traductor ha sido hasta el nacimiento de la informática la única posibilidad de acceder a trabajos sin conocer el idioma en que estaban escritos. Este tipo de traducción garantiza una calidad si el traductor es profesional y está especializado en el campo al que pertenece el objeto de estudio del documento en cuestión. Sin embargo, Large encuentra en él varios inconvenientes. En no pocas ocasiones el científico ignora si el artículo de veras le interesa, o hasta qué punto le interesa, si únicamente desea tener una vaga idea del contenido, un resumen del texto o las conclusiones de la investigación, o si por el contrario prefiere una traducción de todo el documento. Por otro lado, es difícil encontrar traductores con experiencia en ciertos idiomas, lo que alarga el período de tiempo que el investigador debe esperar para enterarse de lo que dice el artículo.

* Artículo redactado durante el disfrute de una beca de investigación en la Universidad de Ottawa (Canadá), concedida por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España.

**Instituto de Terminología Bilingüe y Traducción Especializada (ITBYTE), Valladolid (España). Dirección para correspondencia: elmen-di@hotmail.com.

Un plazo siempre demasiado largo para el cliente, pues la traducción siempre es «para ayer». A las prisas, la inseguridad y la falta de traductores adecuadamente formados, se añade el coste, lo que hace que este tipo de traducción se considere, cuando menos, arriesgado, y nada rentable en algunos casos.

La traducción automática, en cambio, es casi inmediata y permite tener una buena idea del contenido del texto en una gran variedad de idiomas. Sin embargo, su calidad deja mucho que desear y dista enormemente de la de la traducción profesional humana, pese a los continuos avances. Desde su nacimiento como idea en 1946, y su primera demostración real, en 1954,³ la traducción automática ha mejorado mucho. Muy lejos queda ya la grave crisis que atravesó cuando en 1966 el ALPAC (Automatic Language Processing Advisory Committee) publicó un informe según el cual los 20 millones de dólares invertidos sólo en los Estados Unidos no habían sido fructíferos. Hoy día los programas de traducción automática permiten al usuario mejorar con creces el rendimiento inicial mediante la creación de diccionarios personalizados, que incorporan los términos y equivalentes de los propios documentos. Las nuevas tecnologías también han hecho que mejore la calidad y rapidez de las traducciones. La comercialización de gestores terminológicos, la consulta de diccionarios y glosarios a través de Internet, la localización de productos informáticos y la aplicación de la lingüística del corpus a la traducción son algunos ejemplos. Así, gracias a la informática, la traducción de textos especializados es cada vez más rápida, económica y fiable. Con todo, los mejores programas están aún lejos de ofrecer la calidad de un traductor profesional especializado. No hablemos ya de la traducción de textos donde prima el uso creativo del lenguaje, como la poesía, el humor o las frases hechas, o donde las referencias culturales son claves. Se ha repetido no pocas veces y en distintas versiones una anécdota de los albores de la traducción automática. Se introdujo en el ordenador la cita evangélica «The spirit is willing but the flesh is weak» para que la tradujera primero al ruso y después de nuevo al inglés. Sorprendentemente, la traducción final fue más espiritosa que espiritual: «The liquor is holding out all right but the meat has spoiled».⁴ Pero tampoco es necesario irse tan lejos en el tiempo. Más recientemente, por Internet circularon algunas desafortunadas traducciones del informe Starr sobre el escándalo Lewinsky. Todas ellas habían sido realizadas por ordenador.

Uno para todos

Está claro, pues, que la multiplicidad lingüística no es la mejor opción para difundir la ciencia entre el mayor número posible de miembros de la comunidad científica. Como veremos más adelante, esto no quiere decir que el monolingüismo no sea peligroso.

Large pasa revista a las diversas posibilidades para implantar un idioma universal, no sólo para la ciencia, sino también para cualquier tipo de comunicación, una búsqueda que se remonta siglos atrás. Lógicamente, la primera opción es la más evidente por cercana: el lenguaje natural. Pero recién anunciada esta propuesta, el autor nos advierte del peligro del

expansionismo político, económico y cultural si un lenguaje natural se convirtiera en lengua franca. Para Large, la hegemonía lingüística suele ser la antesala del imperialismo. El expansionismo lingüístico precede al político y económico, cuando no al militar. Una manera de evitar esta amenaza sería elegir como lengua universal un idioma minoritario—Large menciona el vasco entre otros—, por sus remotas posibilidades imperialistas. Se descarta esta posibilidad por el inconveniente que supone para la inmensa mayoría aprender un idioma conocido sólo por unos pocos hablantes, y el autor pasa a examinar otras alternativas, como los lenguajes modificados y los lenguajes artificiales.

Con el término *modified language* Large se refiere al lenguaje que, basado en un lenguaje natural, conserva su esencia pero elimina sus dificultades lingüísticas. En inglés esto se ha intentado en varias ocasiones. Una de ellas fue la creación del *Anglic*, un inglés nacido de una simplificación ortográfica, que no fue muy bien recibido y pasó con más pena que gloria, como otras tantísimas reformas parecidas basadas en la fonética (el *Phonotypy* de Isaac Pitman; el *New Spelling* de la Simplified Spelling Society,⁵ cuya propuesta fue rechazada primero por el Parlamento, en 1949, y más tarde por el ministro de Educación, en 1953; el *Regularized English*, y el *Shavian* de G. B. Shaw son algunos ejemplos⁶). Mucho más impacto tuvo, en cambio, el *BASIC English* (British, American, Scientific, International and Commercial English), de I. A. Richards y C. K. Ogden. Estos autores trabajaron en el proyecto de creación de un inglés con sólo 850 palabras. Su idea se ganó las más duras críticas de algunos lingüistas, como Jespersen. En primer lugar, este inglés básico se componía de más de esas 850 palabras. De hecho, Ogden y Richards admitieron que las disciplinas científicas necesitaban algunos miles de palabras más para su comunicación. No sólo eso, sino que además los creadores incluían en su inglés básico, pero no en el cómputo de 850 palabras, aquellas que consideraban internacionales y fácilmente reconocibles por quienes no tenían el inglés como lengua materna. En cualquier caso, hay dos problemas de fondo mucho más importantes que el número exacto de palabras. Uno, que las principales dificultades lingüísticas derivan no tanto del vocabulario cuanto de la sintaxis y la morfología. La comprensión de un mensaje depende de las relaciones que existen entre las palabras mucho más que de las palabras en sí mismas, y eso no se aprende memorizando listados de entes léxicos. La ironía y la parodia son dos ejemplos de la relativa importancia de las palabras por sí solas. En segundo lugar está el problema no menos grave de la redacción. Un idioma con un limitadísimo repertorio léxico puede reducir ciertos problemas de comprensión, pero es obvio que continuamente ha de echar mano de circunloquios para expresar una idea, al verse falto de recursos léxicos. Es bien patente, pues, que un idioma que necesita muchísimo más espacio y tiempo para expresar ideas no es precisamente el más indicado para difundir la ciencia, que lidia con complejos conceptos y además busca la concisión expresiva.

También preocupado por ese desiderátum que él considera la comunicación internacional, Randolph Quirk propuso la adaptación de un idioma natural.⁷ Tras reconocer la superioridad

dad del inglés, Quirk planteó su modificación para crear un *Nuclear English*. A fin de satisfacer las necesidades comunicativas internacionales, este «inglés nuclear» debería reunir una serie de requisitos: mayor facilidad y rapidez de aprendizaje, idoneidad comunicativa, fruto del sistema educativo, y posibilidad de ampliación y desarrollo, en un sentido especializado (diversos módulos de enseñanza del lenguaje científico) y en sentido general (adquisición completa de una variedad del inglés natural). En un nivel lingüístico más concreto, la creación de un inglés nuclear pasaría por eliminar aquellas estructuras gramaticales que pueden dar lugar a ambigüedad, como las oraciones explicativas de relativo, o por reducir la compleja multiplicidad expresiva a una sola forma, como convertir todas las *tag questions* en *is that so?* Evidentemente, la supresión de algunas formas plantearía problemas de ambigüedad en la distinción entre modalidad epistémica, deóntica y potencial, ya de por sí difíciles de separar en inglés natural. Esta del *Nuclear English* fue una propuesta ambiciosa, radical y con drásticas limitaciones.

Un intento menos ambicioso y más práctico, pero más limitado que la propuesta de Quirk, parece lo que John Kirkman denomina *Controlled English*.⁸ La idea fue originariamente aplicada por la empresa Caterpillar Tractor Company, de Peoria (Illinois, EE. UU.) para la elaboración de documentos de mantenimiento y reparación de su maquinaria. El objetivo era que los empleados que no supieran inglés pudieran realizar bien su trabajo conociendo sólo 784 palabras más los nombres de las piezas de las máquinas, ayudándose de las ilustraciones, esquemas y gráficos típicos de esta clase de documentación. A esta versión lingüística «controlada» de sus manuales la empresa la denominó *Caterpillar Fundamental English*, y después la comercializó en los Estados Unidos como BASIC 800, y en el resto del mundo como ILSAM (International Language Service and Maintenance). Más tarde otras empresas siguieron su ejemplo. Se trata, afirma Kirkman, de simplificar el léxico y la sintaxis para llegar a una audiencia lo más amplia posible. Es lógico, por tanto, que el contexto de uso se restrinja a la redacción de documentación técnica. No obstante, los fundamentos de esta variedad controlada han servido de base a algunos tipos de comunicación oral internacional, como la aviación y la navegación. En cualquier caso, su uso siempre está restringido a ámbitos muy especializados, y más técnicos que científicos.

Otra de las posibilidades que contempla Large es la de crear un lenguaje artificial, bien de la nada —lo que Large denomina lenguaje artificial «a priori»—, bien imitando los rasgos de un lenguaje natural —lenguaje artificial «a posteriori»—. Las ventajas de un lenguaje artificial son su independencia política, por su naturaleza «apátrida», y la posibilidad de construirlo siguiendo unas reglas lógicas que faciliten su aprendizaje. La contrapartida evidente es que resulta extraño y menos natural. A lo largo de la historia ha habido varios intentos de creación de un lenguaje artificial, desde Descartes y George Logarno hasta John Wilkins y Leibniz. Pero sin duda la propuesta más curiosa de todas fue el *solrèsol* de Jean-François Sudre, quien lo presentó en la Academia de Bellas Artes francesa. Se trataba de un lenguaje cuya com-

posición de palabras se basaba en la combinación silábica de las siete notas musicales. La antonimia se conseguía mediante la inversión de sílabas; así, por ejemplo, «misol» significaba «bueno», mientras que «solmi» significaba «malo». No obstante su diversidad, ninguno de estos intentos llegó a cuajar. El *volapük*, ideado por un sacerdote alemán, se basaba en una mezcla de raíces de varios idiomas europeos, sobre todo el inglés. Su aparición fue tan rápida como su desaparición.

Más éxito tuvieron, por el contrario, los lenguajes artificiales a posteriori. Las propuestas han sido numerosas —*interlingua*, *interglossa*, *glosa*, *latino sine flexione*, entre otras muchas—, pero el mejor ejemplo es el esperanto. Creado por Zamenhof, la mayor parte del vocabulario de este idioma proviene de las lenguas romances y del latín, y su gramática se basa en dieciséis sencillas reglas. Por ello ha gozado de una extraordinaria popularidad que le ha hecho sobrevivir más de cien años, durante los cuales se han celebrado congresos y se han publicado revistas y libros en esta lengua. El esperanto parece, pues, haber superado con creces los inconvenientes teóricos de cualquier idioma artificial, ya que no hay nadie que lo tenga como lengua materna; sin embargo, está claro que, pese a su grandísima difusión, siempre ha estado muy lejos de convertirse en un idioma universal. Y si esto sucede con el máximo exponente de los lenguajes artificiales, ni que decir tiene que el resto carecen más aún de razones de peso para llegar a unificar la comunicación en todo el planeta.

Un idioma internacional

Large llamó *international auxiliary language* a un idioma empleado universalmente para ciertos tipos de comunicación, como la científica. Concluyó que era la solución más apropiada para salvar el problema de la barrera lingüística en la comunicación de la ciencia. Sin embargo, no consideraba probable la adopción formal de una lengua internacional auxiliar en un futuro próximo. Mucho más se lo parecía un acuerdo tácito pero *de facto*. De lo que no estaba seguro era de que el idioma en cuestión fuese el inglés. Es más, para el autor, por aquel entonces —entre principios y mediados de la década de 1980— el inglés no podía considerarse el idioma internacional auxiliar de la comunicación científica impresa. Esta afirmación contrasta enormemente con otros trabajos de la época donde resulta manifiesta la preponderancia internacional del inglés, como reflejan Larry Smith⁹ o John Maher.¹⁰

Si echamos un vistazo a la historia de la ciencia vemos que esta opción de la lengua auxiliar ha sido la preferida durante más de 25 siglos.¹¹ Desde sus orígenes, la ciencia siempre se ha expresado predominantemente en un idioma o en un reducido grupo de ellos. El griego, el latín, el árabe, el francés, el alemán e incluso el chino en gran parte de Asia se han ido relevando en esta tarea de portavocía científica hasta dar paso al inglés, que hoy día y desde mediados del siglo XX es el idioma de la ciencia y de la medicina. Dos indicadores de esta indiscutible realidad anglófona actual son la aplastante mayoría del inglés en las bases de datos¹² y en las referencias bibliográficas de los artículos médicos.¹³

Existen numerosos trabajos donde se dilucidan las causas que han catapultado a este idioma a su preponderancia lin-

güística mundial. No faltan quienes consideran que el inglés tiene sus ventajas sobre otras lenguas¹⁴ o que incluso está ahí por méritos propios.¹⁵ Sus argumentos son su enorme caudal léxico, tan rico en matices semánticos y tan internacional, al beber de fuentes tan variadas como la germánica, la latina y la francesa; su sintaxis y su morfología, de gran sencillez, pues carece casi por completo de complejas desinencias que indiquen género, número o caso; su sistema verbal, mucho más sencillo que el de las lenguas romances. Es más, algunos consideran el inglés el candidato idóneo y casi único para la exposición científica, dada su claridad, brevedad y precisión, tan necesarias para la ciencia. Está claro que no hay lenguas mejores ni peores, más o menos adecuadas para expresar una idea. Cada lengua tiene el grado de precisión que necesita. Las lenguas las creamos los hablantes y las creamos para adaptarlas a nuestras necesidades expresivas, que cambian al compás de la cambiante realidad. Los lenguajes especializados, como el de la medicina, no son una excepción, pues surgen como respuesta a una necesidad social.¹⁶ Por otro lado, el resto de los mitos de las bonanzas inherentes a la lengua inglesa ha sido debidamente rebatido.^{2,17,18}

¿Cuáles son entonces las causas del monolingüismo anglofono actual? David Crystal cree que el inglés está hoy donde está porque en repetidas ocasiones se ha encontrado en el lugar adecuado en el momento preciso.¹⁹ Para este autor, las razones que han convertido a cualquier idioma en lengua franca, como ocurrió con el latín, son extralingüísticas. Más concretamente, él aduce razones políticas, económicas y militares. El inglés es el idioma de Gran Bretaña, que encabezó el colonialismo durante los siglos XVII y XVIII, y la Revolución Industrial durante los siglos XVIII y XIX; el inglés es también el idioma de los Estados Unidos, potencia económica desde finales del siglo XIX e impulsor de la revolución de los medios de comunicación, el transporte y la publicidad. Así llegamos a 1960, cuando el inglés era la lengua predominante. Sin embargo, aún no tenía el estatus de lengua universal o global, como Crystal prefiere denominarla. Según él, el hecho que propició ese repunte final fue la elección del inglés como medio de expresión de los movimientos políticos independentistas y de la revolución electrónica.

A favor de esta misma explicación política, económica y militar del auge internacional del inglés se muestran otros autores^{2,20} que encuentran, empero, otros hechos más significativos desde un punto de vista especializado. El inglés es hoy la lengua de la ciencia y de la medicina gracias a dos hechos fundamentales. El primero fue la primacía política y económica de los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, circunstancia que concentró en su territorio a los principales centros, recursos documentales e investigadores científicos del mundo, de suerte que la mayor parte de la investigación se realiza en territorio estadounidense. Como consecuencia de lo anterior, en la década de 1970 se produjo un gran aumento de autores no anglohablantes que comenzaron a publicar su investigación en inglés, lo que a su vez dio origen a una industria de pingües beneficios para el mundo anglofono.

Menos atención que las causas han recibido, en cambio, las consecuencias del monolingüismo, si bien existe literatu-

ra reciente que reflexiona sobre el tema.^{2, 21-23} El hecho de que la ciencia se exprese mayoritariamente en un solo idioma conlleva la enorme ventaja de que el conocimiento de ese idioma garantiza el acceso a la inmensa mayoría de las investigaciones recientes más importantes, así como el enriquecimiento que supone colaborar con investigadores de otros países. Sin embargo, en contrapartida, existen numerosos inconvenientes. En principio, los que más nos pueden interesar a los lectores de *Panace@* son la incómoda situación de aquéllos que no tienen el inglés como lengua materna y la influencia del inglés en el español. El monolingüismo científico no ha acabado con el trabajo de los traductores, ni mucho menos. No conviene olvidar, desde luego, que los prejuicios respecto a la calidad lingüística y científica de los artículos son otras dos terribles consecuencias que sufren los que no son nativos de la lengua inglesa.²⁴ Asimismo, existe un prejuicio sobre la calidad científica de los trabajos publicados en otras lenguas.²⁵ Como «representantes supremos» de la comunicación científica internacional, los Estados Unidos imponen sus líneas de investigación en medicina, con graves consecuencias para la salud en algunos países.²

Está claro, pese a estos graves inconvenientes, que la mejor solución al problema de la barrera lingüística en la comunicación de la ciencia es la adopción de un idioma común a todos los miembros de la comunidad científica. Es la solución más natural, y de poco sirve intentar desviar la lengua de su cauce natural para reconducirla por lechos prefabricados, pues la lengua es libre, tan libre como sus hablantes, sus genuinos gobernantes. Si admitimos la naturaleza social del lenguaje es fácil entender que su evolución la determinan las necesidades sociales de sus usuarios, no decretos o acuerdos diplomáticos. Esta idea es fundamental para responder a la siguiente pregunta: ¿qué inglés es el de la ciencia? ¿Inglés británico? ¿Inglés americano?

Ya en 1983 Robertson y Robertson se planteaban el dilema anterior.¹² No faltaban razones de peso a favor de cualquiera de ambas variedades diatópicas. El inglés americano cuenta con un mayor número de hablantes y con su preponderancia científica. Por contra, el inglés británico tiene a su favor argumentos históricos, geográficos y entonces también políticos (recordemos la oposición entre los dos grandes bloques, el norteamericano y el soviético, a principios de la década de 1980). Los autores concluían que el criterio que decidiera la variedad de inglés que se utilizara para comunicar la ciencia no debía ser nacionalista, sino pragmático, pues lo verdaderamente importante es facilitar la transmisión del conocimiento científico. Sólo teniendo en cuenta que el lenguaje cambia para cubrir las cambiantes necesidades concretas, mientras su esencia permanece inalterable para permitir la comunicación dentro de una comunidad lingüística, sólo siendo conscientes de este hecho –el lenguaje cambia para no cambiar– podremos entender la realidad lingüística actual del inglés en el mundo.

¿Inglés internacional o inglés nacional?

Hoy se habla de un inglés global, de un inglés mundial, de un inglés internacional, de un inglés europeo e incluso de

un inglés... ¡nórdico! No cabe duda de que el inglés está viéndose un proceso de grandes transformaciones, consecuencia lógica de su cada vez más amplio dominio geográfico. Aparentemente, resulta inexplicable afirmar que en esta evolución del inglés conviven dos tendencias antagónicas, pero así es.

Por un lado está la diversificación. Cada día el número de personas capaces de expresarse en inglés es mayor y más diverso. El número de usuarios del inglés que no lo tienen como lengua materna supera al número de quienes nacieron hablando inglés, si bien las cifras difieren enormemente: oscilan entre una proporción importante (de 2 a 1²⁶) y una abrumadora (de 4 a 1²⁷). Ya no están claros ni los límites entre quienes son nativos de lengua inglesa, quienes la usan como segunda lengua y quienes la usan como lengua extranjera.²⁸ El inglés ya no puede considerarse, como hasta ahora, patrimonio exclusivo de la oligarquía conformada por quienes exhiben su exquisito e impecable acento británico R. P. o quienes escriben en *Standard Written English*.²⁹ Así pues, en el inglés es aún más visible que en cualquier otra lengua la tendencia a teñirse del color con que los usuarios de cada zona lo pintan al hablarlo o al escribirlo. Y esto no sólo no empobrece la lengua ni la desvirtúa, sino que, muy al contrario, la dota de matices, la colorea, la enriquece. Cada variedad del inglés resplandece con su propia tonalidad.

Por otro lado está la unidad. De poco le serviría al inglés esta riqueza dialectal, este cromatismo geográfico, si sus variedades no fuesen mutuamente inteligibles. No podríamos hablar del inglés como lengua franca o idioma internacional si un indio, un ruso y un japonés no pudieran entenderse hablando en inglés. Como señala Gregorio Salvador, las diferencias dialectales del inglés son mucho mayores que las del español, pues el correlato lingüístico España-Hispanoamérica hace del español «la más unitaria de todas las grandes lenguas del mundo».³⁰ Simplificando mucho la cuestión, en español estas divergencias son léxicas, pues los problemas de comprensión o ambigüedad que representa la dualidad fónica del español suelen solventarse gracias al contexto. Es evidente que, en parte, la cohesión que ha hecho del inglés la lengua internacional se ha debido a la influencia del inglés americano, sobre el que se ha construido en gran medida el *Global English*.²⁶ Sin embargo, como vimos antes, la situación está cambiando, y los nativos angloparlantes ya no son la única referencia para el resto del mundo.

Así se explica, por ejemplo, el nacimiento del inglés europeo (*Euro-English*). Desde un punto de vista más técnico, esta variedad de inglés exclusiva de Europa se está desarrollando gracias a las particularidades fonéticas de sus hablantes y a dos procesos lingüísticos: la «maternización discursiva» (así traduzco yo *discoursal nativization*) y la fosilización (*fossilization*).³¹ La primera consiste en la incorporación de expresiones gramaticalmente aceptables y a la vez extrañas para los nativos de lengua inglesa, pero de gran utilidad para los usuarios del inglés europeo, al proceder estas construcciones de la lengua materna del usuario. Un ejemplo que ponen los autores del artículo citado es la construcción «I am going to hop over lunch today», que podríamos traducir al es-

pañol como «Hoy me salto la comida». Resulta muy curiosa esta coincidencia con el español, lengua en la que el uso coloquial del verbo «saltar» refleja a la perfección ese sentido de omisión. Este peculiar uso del verbo *hop over* deriva de la forma verbal sueca *hoppa över*, y no existe en inglés británico o americano. En estas variedades el verbo tiene muchos matices semánticos, dependiendo de la preposición o adverbio que le siga y del contexto: su significado general es «saltar», especialmente si se trata de avanzar a saltitos o a la pata coja; en sentido coloquial puede referirse al acceso a un medio de transporte («montar, subir o bajar de un salto») y a veces implica que este acceso es ilegal («colarse»); también puede designar un desplazamiento rápido a un lugar («darse una vuelta por», «bajar un momento a»). Por lo que a la fosilización se refiere, es gracias a este proceso como pasan a ser asimiladas al inglés europeo estructuras o formas que los nativos de lengua inglesa no consideran aceptables por no ser normativas. De nuevo, el ejemplo que dan los autores procede del sueco, y casualmente también es trasladable al español sin ningún problema. La estructura «We were five people at the party» («Éramos cinco personas en la fiesta») no es gramatical en inglés británico o americano; sin embargo, los suecos emplean con frecuencia construcciones similares al hablar en inglés por influencia de su lengua materna, donde estas estructuras sí son gramaticales.

El estudio del inglés como lengua franca está aún en pañales, pero ya hay algunos trabajos.^{32,33} El proyecto más importante es el Vienna-Oxford EFL Corpus, un corpus compilado por la Universidad de Viena para analizar exclusivamente los rasgos de este uso del inglés.³⁴

El inglés está internacionalizándose...

Volviendo a la diversidad terminológica que mencionábamos poco más arriba, no parece estar muy claro qué se entiende por inglés internacional, inglés global o universal e inglés mundial. Para Crystal un idioma alcanza la categoría de *global* sólo si cumple una serie de requisitos cuantitativos y cualitativos relativos a su importancia como lengua materna, como lengua oficial y como lengua extranjera.¹⁷ Este mismo sentido parece ser el que tiene en mente Griffin cuando en sus artículos relata la invasión del *Global English* en Polonia y Bulgaria.^{35,36} En cambio, otros autores entienden por *Global English* «the public international English used by the globetrotting professionals», término sinónimo de *World English*, que también se restringe al ámbito profesional.²⁶ Por su parte, *International English* puede abarcar una amplísima horquilla semántica: desde las variedades geográficas de la lengua inglesa hasta las formas comunes a todas ellas, pasando por la noción del inglés como lengua franca para transmitir información básica de un modo sencillo; o incluso podemos referirnos únicamente al inglés de la comunidad científica internacional.³⁷

Es evidente que con esta superposición de conceptos bajo el enorme paraguas del término *International English* no vamos muy lejos. Seidlhofer nos da la precisión terminológica y conceptual que necesitamos.³⁸ La clave está en llegar a la versión completa de la forma abreviada (la mítica claridad del inglés, una vez más en tela de juicio): *English as an Internatio-*

nal Language (EIL). Sólo así podremos comprender que —al menos de momento— no hablamos de una variedad de inglés con peculiaridades lingüísticas propias fácilmente identificables, ni tampoco del papel que desempeña el inglés como lengua intranacional institucionalizada. Engloba, por el contrario, el uso que hacen del inglés los hablantes nativos de lengua inglesa, los hablantes que lo tienen como lengua materna en cualquiera de sus dialectos, los hablantes del inglés en cualesquiera de sus variedades maternizadas (*nativized*), internacionales o de incipiente desarrollo (*New Englishes*), y los hablantes que no tienen el inglés como lengua materna. Esta acepción es compartida también por otros autores. De manera más concisa, McKay explica que el EIL es el uso que hacen del inglés los hablantes nativos de lengua inglesa y los hablantes bilingües de inglés —entendemos que en el sentido más laxo de la palabra, esto es, capaces de expresarse en inglés, independientemente de su nivel— para la comunicación intercultural.³⁹

En este sentido el inglés internacional viene a coincidir, afirma Seidlhofer, con el inglés global de Crystal, con el inglés como lengua franca, con el inglés como medio de comunicación intercultural o con el inglés como idioma universal. Viene a coincidir también, creo yo, con los términos «lengua de koiné», «lengua vehicular mundial» y «*lingua franca* internacional» que emplea Gutiérrez Rodilla.¹¹ De hecho, esta misma autora aclara a continuación que «la *lingua franca* internacional no es el inglés, sino un inglés internacional [...] aséptico, sencillo, despojado de casi todos los matices adquiridos a lo largo de siglos de uso culto y popular; un inglés esencialmente desnacionalizado y apátrida».

Recapitemos. Hemos visto que la barrera lingüística es el problema más grave de la comunicación de la ciencia porque favorece la disgregación del conocimiento científico, lo que supone destruir la esencia misma de la ciencia, que depende de la continuidad de las aportaciones universales. Si bien en la búsqueda de un idioma universal se han probado ideas de lo más variopinto, para superar dicha barrera en la comunicación científica siempre se ha optado por primar la difusión monolingüe. Hoy día, por motivos extralingüísticos, es el inglés el encargado de esa tarea. Sin embargo, dado que el inglés es no sólo la lengua vehicular mundial de la medicina y de la ciencia, sino también de casi todas las esferas comunicativas, ya no podemos hablar del inglés a secas. Hablamos de un inglés internacional. O, por mejor decir, de un uso internacional del inglés que, por tanto, no es patrimonio de ningún país, ni siquiera de los Estados Unidos, sino de todas las personas que lo emplean para comunicarse, cada una con su peculiar cromatismo lingüístico. Esto es aún más palpable en los ámbitos profesionales, como el de la comunicación científico-técnica.

De aquí se colige que el EIL no es sino una consecuencia de la evolución natural del inglés. Por eso Seidlhofer prefiere hablar del EIL como una situación, como un uso, y no como una variedad lingüística concreta... todavía. Aún es pronto para poder identificar los rasgos lingüísticos más conspicuos —lo que se ha dado en denominar *Lingua Franca Core*— de este inglés internacional. Especialmente importantes son los estudios fonéticos, donde ya se apuntan algunas ten-

dencias. En espera de estudios empíricos más amplios y concluyentes, me parece apropiado dar algunas pinceladas sobre la esencia de lo que puede constituir ese uso internacional del inglés en la comunicación científica: la intercomprensión. De lo que se trata, ya he insistido en ello, es de llegar a una audiencia lo más amplia posible. Buscamos una variedad funcional, no diatópica. En otras palabras, no importa qué lengua usemos para comunicarnos en tanto nos sirva para transmitir la información de una manera eficaz. Esta orientación pragmática es la que defendía John Kirkman hace algunos años en un artículo.⁴⁰ Básicamente, lo que proponía era adaptar su noción de inglés controlado a la medicina para facilitar la participación comunicativa a los investigadores cuya lengua materna no era la inglesa. Es una cuestión de cortesía verbal, decía Kirkman. El artículo suscitó polémica y sus detractores tildaron su idea de reduccionista: la simplificación léxica y sintáctica conduce en última instancia a una mutilación del horizonte mental de la persona.^{41,42}

Quizá el problema estriba en que la propuesta de Kirkman era un toque de atención a los nativos de lengua inglesa. Y no se trata de obligar a nadie a cambiar su inglés, sino más bien de aceptar «otro inglés», siempre y cuando éste no cause problemas de comprensión entre los miembros de la comunidad discursiva. Esto puede parecer una sutileza, pero no lo es. Si bien la finalidad es la misma en ambos casos, hay una gran diferencia entre imponer un modo de expresión a una comunidad y que una comunidad acepte con naturalidad nuevas formas de expresión de otra comunidad, nacidas de la natural evolución de las lenguas.

Reflexiones

Más que llegar a alguna conclusión definitiva, este modesto artículo simplemente pretende hacer reflexionar sobre algunos aspectos en los que no solemos pararnos a pensar. Si algún lector ha conseguido llegar hasta aquí, ya casi puede respirar aliviado: paso a resumir a continuación los puntos que creo más importantes.

La comunicación humana, y la científica no es una excepción, evoluciona en paralelo a las necesidades sociales de cada comunidad lingüística. El lenguaje es notario de la realidad y con ella cambia. Es entonces lógico que la comunidad científica se exprese en un idioma que sirve de lengua franca y que este idioma varíe según las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales del momento. El inglés no es el primer idioma de la ciencia ni será el último, si bien, gracias a su extraordinario peso político, institucional, económico y geográfico, goza de una insólita posición privilegiada en todos los contextos comunicativos a escala mundial que lo convierte sin discusión y con diferencia en el idioma más importante del mundo.^{43,44} Este monolingüismo anglófono, al tiempo que resuelve el mayor problema de la comunicación científica, tiene importantes consecuencias científicas y lingüísticas. Una de ellas es la tendencia a abandonar el aprendizaje de otras lenguas. Y aquí me uno a otros autores²¹⁻²³ para suscribir un argumento que creo de Perogrullo, pero como para muchos no lo es, considero conveniente recalcarlo: el mundo es muy grande y no se acabará nunca en un

idioma —ni siquiera hoy día en el inglés—, que es necesario pero no suficiente. El multilingüismo enriquece el universo. Cada lengua nos aporta una cosmovisión, una manera de ver el mundo. Cada cosmovisión es válida y no es ni mejor ni peor que las demás, sino complementaria con ellas. Cada lengua observa la realidad desde la atalaya construida a partir de las vivencias acumuladas a lo largo de su historia, valores culturales en ocasiones centenarios e íntimos. Aprender una lengua supone, por tanto, ver el mundo iluminado por un rayo de luz muy particular. Sería muy triste ver el mundo iluminado siempre del mismo modo: arrojemos luz sobre algunas sombras y pongamos focos de más colores. No reduzcamos nuestro horizonte mental al de una sola lengua, por importante que ésta sea.

Otra de las consecuencias del monolingüismo anglófono es la diversificación dialectal de la lengua franca. Cuando una lengua franca posee la fuerza del inglés, tiene un enorme alcance geográfico, y resulta natural que adquiera matices y peculiaridades en cada territorio donde se emplea. El número de hablantes con el inglés como lengua materna es cada día menor que el de aquellos que lo aprendieron como segunda lengua o lengua extranjera. Es por ello por lo que ese uso internacional del inglés sigue sus propias reglas al margen de los modelos británicos o americanos, hasta entonces su única referencia. Hay, pues, por una parte, un proceso de nacionalización del inglés, que en cada país adopta una serie de rasgos distintivos, por contagio con la lengua oficial de la zona. Sin embargo, cuando la comunicación es internacional, los usuarios abandonan esas peculiaridades hasta el punto que se hace posible la comunicación. Es decir, se da un proceso de internacionalización del inglés.

Este proceso es especialmente típico de los lenguajes especializados, dado que pertenecen a una comunidad discursiva muy bien delimitada, con numerosos elementos en común. Así pues, esta misma tendencia que se produce en la ciencia se da también en la técnica. El caso del español neutro en la localización de productos informáticos es quizá el mejor ejemplo. Claro, que ahí entran en juego políticas empresariales e intereses económicos, por lo que su estudio requiere un análisis mucho más detallado⁴⁵ que una mención generalizadora en este artículo que aquí termina.

Bibliografía

- 1 Large JA. The foreign-language barrier: Problems in scientific communication. Londres: Deutsch; 1983.
- 2 Navarro FA. El inglés, idioma internacional de la medicina: causas y consecuencias de un fenómeno actual. *Médico Interamericano* 2001; 20: 16-24. [Reproducido en: Panace@ 2001; 2(3): 35-51, <<http://tremedica.org/panacea.html>>]
- 3 Hutchins WJ. Machine translation: past, present, future. Chichester: Ellis Horwood, 1986; 26, 37.
- 4 Kouwenhoven JA. The trouble with translation. *Harper's Magazine*, 1962; citado en: Hutchins WJ. Machine translation: past, present, future. Chichester: Ellis Horwood; 1986; 16.
- 5 The Simplified Spelling Society, <<http://www.spellingsociety.org/>> [consulta: 25.3.2003].
- 6 Crystal D. The Cambridge encyclopedia of language. Cambridge: Cambridge University; 1987.
- 7 Quirk R. International communication and the concept of Nuclear English; en: Quirk R. Style and communication in the English language. Londres: Edward Arnold; 1982: 37-53.
- 8 Kirkman J. Good style: Writing for science and technology. Londres: Spon; 1992; 151-4.
- 9 Smith L. Readings in English as an international language. Oxford: Pergamon; 1983.
- 10 Maher J. The development of English as an international language of medicine. *JAL* 1986; 7(2): 206-18.
- 11 Gutiérrez Rodilla BM. La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico. Barcelona: Península; 1998.
- 12 Instituto Cervantes. El español en el mundo: Anuario del Instituto Cervantes 1999. Madrid: Instituto Cervantes; 1999.
- 13 Navarro FA. El idioma de la medicina a través de las referencias bibliográficas de los artículos originales publicados en Medicina Clínica durante 50 años (1945-1995). *Med Clin* 1996; 107: 608-13.
- 14 Robertson D, Robertson RM. The dominance of English: One language or two? *JAMA* 1983; 250(23): 3197.
- 15 Valiela I. Doing science: Design, analysis, and communication of scientific research. Oxford: Oxford University; 2001; 104.
- 16 Sager JC., Dungworth D, McDonald PF. English special languages: Principles and practice in science & technology. Wiesbaden: Brandstetter; 1980.
- 17 Sapir E. The function of an international auxiliary language. *Psyche* 1931; 11(4): 4-15. [Texto disponible en: <<http://www.geocities.com/Athens/Acropolis/9801/lenguas/sapir.html>> (consulta: 26.3.2003).]
- 18 López Ciruelos A. El mito de la brevedad del inglés. Panace@ 2002; 3 (9-10): 90-5 [<<http://tremedica.org/panacea.html>>]
- 19 Crystal D. English as a global language. Cambridge: Cambridge University; 1997.
- 20 Alcina Caudet MA. El español como lengua de la ciencia y de la medicina. *Médico Interamericano*, 2001; 20: 30-32. [Reproducido en: Panace@ 2001; 2(4): 47-50; <<http://tremedica.org/Panacea.html>>]
- 21 Timo-Iaria C. La catástrofe del monolingüismo anglófono. *Actas Dermo-Sifiliográficas* 1998; 89: 566-567.
- 22 Navarro FA. La catástrofe del monolingüismo anglófono. *Actas Dermo-Sifiliográficas* 1998; 89: 567-570.
- 23 Salverda R. Language diversity and international communication. *English Today* 2002; 18(3): 3-11.
- 24 Kerans ME. Close to home: notes on the post-publication withdrawal of a Spanish research paper. *Ibérica, Revista de la Asociación Europea de Lenguas para Fines Específicos* 2002; 4: 39-54.
- 25 Nylenna M, Riis P, Karlsson Y. Multiple blinded reviews of the same two manuscripts. Effects of referee characteristics and publication language. *JAMA* 1994; 272: 149-151.
- 26 McArthur T. The Oxford companion to the English language. Oxford: Oxford University; 1992; 355.
- 27 Kachru B. The paradigms of marginality. *World Englishes* 1996; 15: 241-255.
- 28 McArthur T. World English, Euro-English, Nordic English? *English Today* 2003; 73, 19(1): 57.

- 29 Toolan M. Recentering English: New English and Global. *English Today* 1997; 52, 13(4): 3.
- 30 Salvador G. Español en América y español en España. *Panace@* 2002; 3(9-10): 109 [<http://tremedica.org/panacea.html>]
- 31 Jenkins J, Modiano M, Seidlhofer B. Euro-English. *English Today* 2001; 68, 17(4): 13.
- 32 Jenkins J. The phonology of English as an international language. Oxford: Oxford University; 2000.
- 33 Seidlhofer B. Closing a conceptual gap: the case for a description of English as a lingua franca. *InJAL* 2001; 11: 133-158.
- 34 Seidlhofer B. Towards making Euro-English a linguistic reality. *English Today* 2001; 68, 17(4): 15.
- 35 Griffin JL. Global English infiltrates Bulgaria. *English Today* 2001; 68, 17(4): 54-60.
- 36 Griffin JL. Global English invades Poland. *English Today* 1997; 50, 13(2): 34-41.
- 37 Ross N. Signs of international English. *English Today* 1997; 50, 13(2): 29.
- 38 Seidlhofer B. A concept of International English and related issues: from 'Real English' to 'Realistic English'? Council of Europe, 2002 [texto electrónico]; <http://www.coe.int/T/E/Cultural_Cooperation/education/Languages/Language_Policy/Policy_development_activities/Studies/SeidlhoferEn.pdf> [consulta: 21.3.2003.]
- 39 McKay S. Teaching English as an international language. Oxford: Oxford University; 2002: 132.
- 40 Kirkman J. Writing in English for an international readership. *BMJ* 1996; 313: 1321-3.
- 41 Heath I., Björn N. Freedom of expression should be preserved. *BMJ* 1996; 313: 1323.
- 42 Hall T. Writing in English for an international readership. Our language reflects our diversity. *BMJ* 1997; 313: 753.
- 43 Otero J. Una nueva mirada al índice de importancia internacional de las lenguas; en: Marqués de Tamarón Dir. El peso de la lengua española en el mundo. Valladolid: Universidad de Valladolid, Fundación Duques de Soria, INCIPE; 1995; 235-282.
- 44 Navarro FA. Which is the world's most important language? *Lebende Sprachen* 1997; 42: 5-10.
- 45 Bermúdez Bausela M. La localización de software del inglés al español: ¿existe un español neutro? [Ponencia no publicada.] II Congreso de Traducción e Interpretación de CEADE. Sevilla: CEADE [Centro privado de estudios universitarios de grado superior]; 2003.

Masculino específico

Álvaro García Meseguer

CSIC, Madrid (España)

En español no existe un masculino específico que esté léxicamente diferenciado del genérico. Por ello, frases como *No tenemos perro pero sí dos gatos* resultan ambiguas en cuanto al sexo de los animales. Para que la palabra *gato* designe el sexo macho sin ambigüedad se pueden hacer dos cosas: ponerla en oposición al femenino *gata* (*tengo un gato y una gata*) o bien marcar léxicamente su sexo diciendo *gato macho*. Este segundo recurso se denomina *masculino específico*.

Por no utilizar el masculino específico cuando debería ser utilizado muchas expresiones resultan ambiguas, cosa frecuente en titulares de prensa. Véase como ejemplo el siguiente titular del diario *El País*, de 28 de diciembre de 1992:

El 75 % de los españoles aceptaría un hijo homosexual, según un estudio.

Este titular admite hasta cuatro interpretaciones distintas, ya que *españoles* puede entenderse como genérico (*varones y mujeres*) o como específico (*varones*), al igual que *hijo* puede entenderse como genérico (*chico o chica*) o como específico (*chico*).

Afortunadamente, el empleo de masculinos específicos es cada vez más frecuente en la prensa, cosa muy saludable ya que rompe la ambigüedad y, a la vez, combate la idea subliminal de que varón y persona son una misma cosa. En los cuatro ejemplos siguientes la marca de sexo (cuya omisión habría originado ambigüedad) viene dada, respectivamente, por las palabras *varones*, *masculinos*, *hombres* y *varones*:

- Los vendedores varones que visten libremente a la europea perciben 60 000 pts. mensuales [...] [*El País*, 9 de enero de 1991].
- [...] una campaña publicitaria dirigida exclusivamente a homosexuales masculinos [...] [*El País*, 7 de diciembre de 1991].
- Tres de cada diez hombres españoles han pensado hacerse la cirugía estética [*ABC*, 27 de mayo de 1991].
- El Supremo absuelve a cinco adultos varones de un delito de prostitución con menores [*El País*, 1 de febrero de 1998].

Reproducido con autorización del *Rinconete*, del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>).